

TEOD. ¡Calla, por Dios!... te lo ruego,
¡no ves que se va á espantar! (A don Julián.)
(Sale don Julian por la derecha, primer término, rien-
do bondadosamente y mirando á Ernesto.)

ESCENA III

TEODORA y ERNESTO. Al final de la escena anterior, comenzó á
anocheecer, de suerte que al llegar á este momento, el salón está ya
completamente oscuro

ERN. ¡Ah, que su bondad me abruma!
¿cómo pagarle, Dios mío?
(Se deja caer en el sofá profundamente conmovido.
Teodora se acerca á él y queda á su lado en pie.)

TEOD. Dando de mano al desvío
y á la desconfianza. En suma,
teniendo juicio y pensando
que de veras le queremos,
que lo que fuimos seremos,
y en fin, Ernesto, que cuando
Julián promete, no es vana
su promesa, y la mantiene,
de manera que usted tiene,
en él, padre, y en mí, hermana.

ESCENA IV

TEODORA, ERNESTO, DOÑA MERCEDES y DON SEVERO. Los
dos últimos se presentan por el fondo, y en él se detienen. El salón
á oscuras: sólo una pequeña claridad en el balcón, hacia el cual se
dirigen Teodora y Ernesto.

ERN. ¡Ah, qué buenos son ustedes!
TEOD. ¡Y usted qué niño! De hoy más
no ha de estar triste.
ERN. ¡Jamás!
MER. (Desde fuera en voz baja.)
(¡Qué oscuro!)
SEV. (Lo mismo.) (Vamos, Mercedes.)

MERC. No hay nadie. (Pasando la puerta.)
SEV. (Deteniéndola.) Gente hay allí.
(Se quedan los dos en el fondo observando.)
ERN. Teodora, mi vida entera,
y otras mil, gustoso diera,
por el bien que recibí.

No me debe usted juzgar
por mi carácter adusto:
de hacer alardes no gusto
de amor, pero yo sé amar
y también aborrecer,
que en propios iguales modos,
en mi pecho encuentran todos
lo que en él quieren poner.

MERC. ¿Qué dicen? (A don Severo.)
SEV. Cosas extrañas
que no oigo bien.
(Teodora y Ernesto siguen hablando en voz baja en el
balcón.)

MERC. Si es Ernesto.
SEV. Y ella... es ella, por supuesto.
MERC. Teodora.

SEV. Las mismas mañas,
siempre juntos. ¡No hay paciencial...
Y esas palabras... ¿Qué espero?

MERC. Es verdad: vamos, Severo,
es ya caso de conciencia.
Todos dicen...

SEV. (Avanzando.) A Julián
he de hablar hoy mismo, y claro.
MERC. Pero también es descaro
el de ese hombre.

SEV. ¡Voto á san!
El de él y el de ella.

MERC. ¡Infeliz!
¡es tan niña! De ella yo
me encargo.

TEOD. ¿A otra casa? No.
¿Dejarnos? ¡Pues es feliz
la idea! No lo consiente
Julián.

SEV. (A doña Mercedes.) Ni yo, ¡vive Cristo!
(En voz alta.)

TEOD. ¡Eh, Teodora! ¿No me has visto?
¿Se recibe así á la gente?
(Separándose del balcón.)
¡Don Severo!... ¡qué placer!
MERC. ¿No se come? ¿qué, no es hora?
TEOD. ¡Ah, Mercedes!
MERC. Sí, Teodora.
SEV. (Aparte.)
(¡Cómo finge, qué mujer!)
TEOD. Pediré luces.
(Tocando un timbre que está sobre la mesa.)
SEV. Bien hecho:
la gente debe ver claro.
UN CRIADO Señora... (Presentándose en el fondo.)
TEOD. Luces, Genaro. (El criado sale.)
SEV. Quien sigue el camino estrecho
del deber y la lealtad
y es siempre lo que parece,
no se apura ni enrojece
por la mucha claridad.
(Entran criados con luces: el salón queda espléndida-
mente iluminado.)
TEOD. (Después de una pequeña pausa, dice con naturalidad
y riendo.)
Eso me parece á mí,
y á cualquiera. (Dirigiéndose á doña Mercedes.)
MERC. Por supuesto.
SEV. ¡Hola, hola, don Ernesto!
¿conque estaba usted aquí,
con Teodora, cuando entré? (Con intención.)
ERN. Aquí estaba, por lo visto. (Friamente.)
SEV. Por lo visto no, ¡por Cristo!
que en las sombras no se ve.
(Acercándose á él, dándole la mano y mirándole fija-
mente. Teodora y doña Mercedes hablan aparte.)
(Aparte.)
(Su color es encendida,
y parece haber llorado.
De niño y de enamorado
se llora sólo en la vida.)
¿Y Julián? (En voz alta.)
TEOD. Pues allá dentro
se fué á escribir una carta.

ERN. (Aparte.)
(Aunque mi paciencia es harta,
me saca éste de mi centro.)
SEV. Voy á verle. ¿La comida
da tiempo? (A Teodora.)
TEOD. Tiempo de sobra.
SEV. Bien: pues manos á la obra.
(Aparte restregándose las manos y mirando á Teodora
y á Ernesto.)
Adiós. (En voz alta.)
TEOD. Adiós.
SEV. ¡Por mi vida!
(Aparte y mirándoles rencorosamente al salir.)

ESCENA V

TEODORA, DOÑA MERCEDES y ERNESTO. Las dos mujeres se sientan en el sofá. Ernesto de pie

MERC. Hoy no nos ha visto usted. (A Ernesto.)
ERN. No.
MERC. Ni tampoco á Pepito.
ERN. No, señora.
MERC. Está solito
allá arriba.
ERN. (Aparte.) (Que lo esté.)
MERC. (A Teodora con seriedad y misterio.)
(Yo quisiera que se fuese,
porque he de hablarte...)
TEOD. ¿Tú?
MERC. (Lo mismo que antes.) Sí.
De asuntos graves.
TEOD. Pues dí.
MERC. Como no se marche ese...
TEOD. No te comprendo. (Todo en voz baja.)
MERC. ¡Valor!
(Le cogé la mano y se la estrecha afectuosamente.
Teodora la mira con asombro sin comprender nada.)
Haz porque nos deje presto.
(Si tú te empeñas...)
TEOD. (En voz alta.) Ernesto...
Si me hiciera usted un favor...

ERN. Con mil amores.
 MERC. (Aparte.) (Con uno y sobra.)
 TEOD. Pues... suba usted... y á Pepito... vamos... que... pero acaso le importuno con este cargo.
 ERN. No tal.
 MERC. (Aparte.) (¡Con qué dulzura y qué tono!)
 TEOD. Que... si renovó el abono de nuestro palco del Real, como le dije: ya sabe.
 ERN. Con mucho gusto: al momento.
 TEOD. Gracias, Ernesto, yo siento...
 ERN. ¡Por Dios! (Dirigiéndose al fondo.)
 TEOD. ¡Adiós!
 (Sale Ernesto por el fondo.)

ESCENA VI

TEODORA y DOÑA MERCEDES

TEOD. ¡Cosa grave!
 ¡Alarmada estoy, Mercedes!
 Ese tono, ese misterio...
 ¿Se trata?
 MERC. De algo muy serio.
 TEOD. ¿Pero de quién?
 MERC. Pues de ustedes.
 TEOD. ¿De nosotros?
 MERC. De Julián, de Ernesto y de tí. Ya ves.
 TEOD. ¿De los tres?
 MERC. Sí; de los tres.
 (Teodora contempla con asombro á doña Mercedes: pequeña pausa.)
 TEOD. Pues dí pronto.
 MERC. (Aparte.) (¡Ganas dan!.)
 Pero no cierro la mano, que es el asunto escabroso.)
 Mira, Teodora, mi esposo (En voz alta.)

al fin del tuyo es hermano, y de una familia todos venimos á ser, de suerte que en la vida y en la muerte, por estos ó aquellos modos, nos debemos protección, y ayuda, y consejo... es claro: hoy, yo te brindo mi amparo, y mañana, en la ocasión, sin sonrojos en la tez acudimos al de ustedes.
 TEOD. Y cuenta con él, Mercedes.
 MERC. Pero acaba de una vez. Hasta hoy no he querido dar, Teodora, este paso; pero hoy ya me dijo Severo: «De aquí no puedo pasar; »que de mi hermano el honor, »cual mi propio honor estimo, »y al ver ciertas cosas, gimo »de vergüenza y de dolor. »Siempre indirectas oyendo, »siempre sonrisas mirando, »siempre los ojos bajando »y de las gentes huyendo. »En esta de infamias lid »es necesario acabar, »que no puedo tolerar »lo que se dice en Madrid.»
 TEOD. ¡Sigue, sigue!
 MERC. Pues escucha:
 (Pausa. Doña Mercedes mira fijamente á Teodora.)
 TEOD. Vamos: ¿qué dicen, Dios mío?
 MERC. Mira: cuando suena el río, agua lleva, poca ó mucha.
 TEOD. ¡No sé si suena ó no suena, si agua lleva mucha ó poca, sólo sé que ya estoy loca!
 MERC. (Aparte.) (¡Pobre niña, me da penal)
 (En voz alta.)
 Pero, en fin, ¿no has comprendido?
 TEOD. ¿Yo? No.

- MERC. (Aparte.) (Torpeza es también.)
(En voz alta y con energía.)
¡Está en ridículo!
- TEOD. ¿Quién?
- MERC. ¿Quién ha de ser? Tu marido.
- TEOD. (Levantándose con ímpetu.)
¿Julián? ¡Mentira! Villano
quien habló de esa manera.
¡Ah, si Julián le tuviera
al alcance de su mano!...
- MERC. (Calmándola y haciéndola sentar otra vez junto á ella.)
Necesitara tener
manos para mucha gente,
que si la fama no miente
todos son de un parecer.
Pero, en fin, ¿qué infamia es esa?
¿cuál el misterio profundo?
¿qué es lo que repite el mundo?
- MERC. ¿Conque te pesa?
- TEOD. ¡Me pesal
- MERC. ¿Pero qué?
Mira, Teodora,
eres muy niña: á tu edad
se cometen, sin maldad,
ligerezas... ¡y se llora
después tanto!... ¿Todavía
no me comprendes? Dí.
- TEOD. No.
- MERC. ¿Por qué he de entenderte yo
si esa historia no es la mía?
- MERC. Es la historia de un infame,
y es la historia de una dama...
- TEOD. ¿Y ella se llama?... (Con ansia.)
- MERC. Se llama...
- TEOD. ¿Qué importa cómo se llame?...
(Conteniéndola. Teodora se separa de doña Mercedes
sin levantarse del sofá: doña Mercedes se le acerca a
medida que habla. Este doble movimiento de repugnan-
cia y alejamiento en Teodora, de protección é insis-
tencia en doña Mercedes, muy marcado.)
- MERC. El hombre es ruin y traidor,
y exige de la mujer,
por una hora de placer

- una vida de dolor.
La deshonra del esposo,
de la familia la ruina,
y la frente que se inclina
bajo sello vergonzoso;
como social penitencia
el desprecio en los demás,
¡y Dios que castiga aún más
con la voz de la concencial!
- (Ya están al otro extremo del sofá. Teodora huye del
contacto de doña Mercedes, inclina hacia atrás el cuer-
po y se cubre el rostro con las manos y al fin ha com-
prendido.)
Ven á mis brazos, Teodora...
(¡Pobrecilla, me enternece!) (Aparte.)
ese hombre no te merece.
- TEOD. Pero, ¿adónde va, señora,
con ese arrebatado ciego?
¡Si no es miedo, ni es espanto:
si no hay en mis ojos llanto:
si en mis ojos sólo hay fuego!
¿A quién oyó lo que oí?
¿Quién es ese hombre? ¡Será!...
¿el acaso?...
- MERC. Ernesto.
- TEOD. ¡Ah!... (Pausa.)
La mujer, yo, ¿no es así?
(Señal afirmativa de doña Mercedes. Teodora se le-
vanta.)
Pues escucha, aunque te irrites:
cuál es más vil, no sé yo:
si el mundo que lo inventó,
ó tú que me lo repites.
¡Maldito el labio mundano
que dió forma á tal idea!
¡y maldito quien lo crea
por imbécil ó villano!
¡tan maldita y tan fatal,
que sólo por arrancarla
de mi memoria y llevarla
en ella, soy criminal!
¡Jesús! nunca lo pensé:
¡Jesús! nunca lo creí:

¡tan desgraciado lo ví,
que como á hermano le amé!
Julián fué su Providencia...
y él es noble y caballero.

(Deteniéndose, observando á doña Mercedes y volviendo el rostro. Aparte.)

(¡Cómo me mira!... No quiero alabarle en su presencia.

¡De modo que ya, Dios mío, he de fingir!) (Acongojándose visiblemente.)

Vamos, calma.

MERC.

TEOD.

(En voz alta.)

¡Qué angustia siento en el alma...
qué desconsuelo y qué frío!...

¡Por la pública opinión
de esta manera manchada!...

¡Ay, mi madre!... ¡Madre amada!...

¡Ay, Julián del corazón!

(Cae sollozando en el sillón de la izquierda; doña Mercedes procura consolarla.)

MERC.

Yo no presumí... perdona...

no llores... Si no creía
nada serio... ¡Si sabía

que tu pasado te abona!

Pero siendo el caso así,
has de confesar también

que de cada ciento, cien,
de tu Julián y de tí

dirán con justo rigor

que fuisteis harto imprudentes

dando ocasión á las gentes
á pensar en lo peor.

Tú, joven de veinte Abriles;

Julian, en su cuarentena,

y Ernesto la mente llena
de fantásticos perfiles...

en sus asuntos tu esposo,

el otro en sus fantasías,

más ocasiones que días,

y tu pensamiento ocioso...

La gente que os ve en paseo,

la gente que os ve en el Real...

mal hizo en pensar tan mal;

pero, Teodora, yo creo
que, en justicia y en razón,
en todo lo que ha pasado,
el mundo puso el pecado
y vosotros la ocasión.

La moderna sociedad,
permíteme que te diga,
que la culpa que castiga
con más saña y más crueldad
y en forma más rica y varia
en la mujer y en el hombre,
es, Teodora, y no te asombre,
la imprudencia temeraria.

TEOD.

(Volviéndose á doña Mercedes, pero sin atender á su parlamento.)

¿Y dices que Julián?...

MERC.

¡Sí!

es la mofa de la corte.

Y tú...

TEOD.

De mí... no te importe.

Pero Julián... ¡ay de mí!

tan bueno... tan caballero...

cuando sepa ..

MERC.

Lo sabrá,
porque ahora mismo estará
hablando con él Severo.

¡Qué dices!

(Desde dentro.) ¡Basta!

TEOD.

JULIÁN

TEOD.

JULIÁN

TEOD.

¡Dios mío!

¡Que me dejes!

¡Ay de mí!

Vámonos pronto de aquí...

MERC.

(Después de asomarse á la primera puerta de la derecha.)

¡Sí, pronto, que es desvarío!

(Teodora y doña Mercedes se dirigen hacia la izquierda.)

TEOD.

(Deteniéndose.)

Pero, ¿por qué?... ¡No parece

sino que yo soy culpable!

¡La calumnias miserable!

¡no mancha solo, envilece!

¡Es engendro tan maldito,

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

32788

que, contra toda evidencia,
se nos mete en la conciencia
con el sabor del delito!
¿Por qué de un necio terror
me oprimen los ruines lazos?

(En este momento aparecen en la puerta derecha, primer término, don Julián y detrás don Severo.)

JULIÁN

¡Julián!

¡Teodora!

(Corre á él, que la oprime apasionadamente contra su pecho.)

¡En mis brazos!

¡Este es tu puesto de honor!

ESCENA VII

TEODORA, DOÑA MERCEDES, DON JULIÁN y DON SEVERO.—El orden de los personajes, de izquierda á derecha, es el siguiente: doña Mercedes, Teodora, don Julián y don Severo; Teodora y don Julián formando un grupo; ella en los brazos de él

JULIÁN

Pase por primera vez,
y ¡vive Dios!, que es pasar;
pero quien vuelva á manchar
con lágrimas esta tez,
(Señalando á Teodora.)
yo juro, y no juro en vano,
que no pasa, si tal pasa,
los umbrales de esta casa,
aun siendo mi propio hermano.

(Pausa. Don Julián acaricia y consuela á Teodora.)

SEV.

Repetí lo que la gente
murmura de tí, Julián.

JULIÁN

Infamias.

SEV.

Pues lo serán.

JULIÁN

Lo son.

SEV.

Pues deja que cuente

lo que todo el mundo sabe.

JULIÁN

¡Vilezas, mentiras, todo!

SEV.

Pues repetirlo...

JULIÁN

No es modo
ni manera de que acabe. (Pequeña pausa.)

SEV.

No tienes razón.

JULIÁN

Razón,
y de sobra. Fuera bueno
que me trajeses el cieno
de la calle á mi salón.

SEV.

¡Pues será!

JULIÁN

¡Pues no ha de ser!

SEV.

¡Mío es tu nombre!

JULIÁN

¡No más!

SEV.

¡Y tu honor!

JULIÁN

Piensa que estás
delante de mi mujer. (Pausa.)

SEV.

(A don Julián, en voz baja.)
(¡Si nuestro padre te viera!)

JULIÁN

¡Ómol... Severo, ¿qué es esto?

MENC.

Silencio, que viene Ernesto.

TEOD.

(Aparte.)

(¡Qué vergüenza!... ¡Si él supiera!...)

(Teodora vuelve el rostro y lo inclina; don Julián la mira fijamente.)

ESCENA VIII

TEODORA, DOÑA MERCEDES, DON JULIÁN, DON SEVERO, ERNESTO y PEPITO: los dos últimos por el foro.—El orden de los personajes es el siguiente, de izquierda á derecha: doña Mercedes, Pepito, Teodora, don Julián, Ernesto y don Severo. Es decir, que al entrar Ernesto y Pepito, se separan; aquel viene al lado de don Julián, éste al de Teodora

ERN.

(Observando un instante desde el fondo el grupo de Teodora y de don Julián. Aparte.)

(Ella y él... no es ilusión.

¡Si será lo que temí?...)

Lo que á ese imbécil oí...)

(Refiriéndose á Pepito, que en este momento entra.)

No fué suya la invención.)

PEP.

(Que ha mirado con extrañeza á uno y otro lado.)

Salud y buen apetito,

porque se acerca la hora.

Aquí está el palco, Teodora.

Don Julián...

TEOD. Gracias, Pepito.
(Tomando el palco maquinalmente.)

ERN. ¿Qué tiene Teodora? (A don Julián en voz baja.)

JULIÁN Nada.

ERN. (Como antes)
Está pálida y llorosa.

JULIÁN (Sin poder contenerse.)
No te ocupes de mi esposa.
(Pausa. Don Julián y Ernesto cruzan una mirada.)

ERN. (Aparte.)
(¡Miserables! Fué jornada completa.)

PEP. Loco de atar.
(A su madre en voz baja señalando á Ernesto.)
¡Porque le di cierta broma con Teodora, toma, toma... ¡que me quería matar!

ERN. (En voz alta, triste pero resuelto con ademán noble.)
Don Julián, pensé despacio en su generosa oferta... y aunque mi labio no acierta... y anda torpe y va reacio... y aunque conozco que yo ya de su bondad abuso... en fin, señor, que rehusó el puesto que me ofreció.

JULIÁN ¿Por qué?

ERN. Porque soy así:
un poeta, un soñador.
Nunca, mi padre, señor,
hizo carrera de mí.
Yo necesito viajar;
soy rebelde y soy inquieto;
vamos, que no me sujeto,
como otros, á vegetar.
Espíritu aventurero,
me voy cual nuevo Colón...
En fin, si tengo razón,
que lo diga don Severo.

SEV. Habla usted como un abismo de ciencia y como hombre ducho. Hace mucho tiempo, mucho, que pensaba yo lo mismo.

JULIÁN ¿Conque sientes començon de mundos y de viajar?
¿Conque nos quieres dejar?
Y los medios... ¿cuáles son?

SEV. El... se marcha... á donde sienta que ha de estar más á su gusto. Lo demás, para ser justo, ha de correr de tu cuenta. (A don Julián.)
Cuanto quiera... no concibo que economice ni un cuarto.

ERN. Ni yo deshonras reparto, (A don Severo.)
ni yo limosnas recibo. (Pausa.)
Pero, en fin, ello ha de ser; y como la despedida fuera triste, que en la vida... quizá no les vuelva á ver, es lo mejor que ahora mismo nos demos un buen abrazo... (A don Julián.)
y rompamos este lazo... y perdonen mi egoísmo.
(Profundamente conmovido.)

SEV. (Aparte.)
(¡Cómo me miran los dos!)

TEOD. (Aparte.)
(¡Qué alma tan hermosa tiene!)

ERN. Don Julián, ¿qué le detiene?
Este es el último adiós.
(Dirigiendose á don Julián con los brazos abiertos. Don Julián le recibe en los suyos y se abrazan fuertemente.)

JULIÁN No: las cosas bien miradas, ni el último ni el primero: es el abrazo sincero de dos personas honradas. De ese proyecto insensato no quiero que me hables más. Pero ¿no se va?

SEV. Jamás.

JULIÁN Yo no mudo á cada rato el punto en que me coloco, ó aquel plan á que me ciño, por los caprichos de un niño ó los delirios de un loco.

Y aun fuera mayor mancilla
el sujetar mis acciones
á necias murmuraciones
de la muy heroica villa.

SEV.
JULIÁN Julián...
Basta, que la mesa
nos aguarda.

ERN. ¡Padre miol...
no puedo.

JULIÁN Pues yo confío
en que podrás. ¿O te pesa
mi autoridad?

ERN. ¡Por favor!
JULIÁN Vamos allá, que ya es hora.
Dale tú el brazo á Teodora (A Ernesto.)
y llévala al comedor.

ERN. ¡A Teodora!... (Mirándola y retrocediendo.)
TEOD. (Lo mismo.) ¡Ernestol...
JULIÁN Sí:
como siempre.
(Movimiento de duda y vacilación en ambos. Al fin se
acerca Ernesto, y Teodora se apoya en su brazo, pero
sin mirarse, cortados, conmovidos, violentos. Todo
ello queda encomendado á los actores.)
(A Pepito) Y vamos, tú...
el tuyo, ¡por Belcebú!
á tu madre. Y junto á mí,
(Pepito da el brazo á doña Mercedes.)
Severo, mi buen hermano:
(Apoyándose en él un momento.)
¡y así... en familia comer,
y que rebose el placer
con las copas en la mano!
¿Hay quien murmura? corriente
pues que murmure ó que grite:
á mí se me da un ardite
de lo que dice la gente.
Palacio quisiera ahora
con paredes de cristal,
y que á través del fanal
viesen á Ernesto y Teodora
los que nos traen entre manos,
porque entendiesen así

lo que se me importa á mí
de calumnias y villanos.
Cada cual siga su suerte.
(En este momento aparece un criado con traje de eti-
queta; de negro y corbata blanca.)
La comida.
Está servida.
(Abre la puerta del comedor; se ve la mesa, los sillones,
lámpara colgada del techo, etc., en suma una
mesa y un comedor de lujo.)
JULIÁN Pues hagamos por la vida,
que ya harán por nuestra muerte.
Vamos... (Invitando á que pasen.)
Mercedes...
Teodora...
Ustedes...
Pasen ustedes...
No: vé delante, Mercedes.
(Doña Mercedes y Pepito pasan delante y se dirigen al
comedor lentamente. Teodora y Ernesto quedan toda-
via inmóviles y como absortos en sus pensamientos.
Ernesto fija en ella la vista.)
JULIÁN (Aparte.) ¡El la mira y ella llora!
(Siguen muy despacio á doña Mercedes: Teodora vaci-
lante, deteniéndose y enjugando el llanto.)
(¿Se hablan bajo?) (A don Severo, aparte.)
SEV. No lo sé;
pero presumo que sí.
JULIÁN ¿Por qué vuelven hacia aquí
(Ernesto y Teodora se han detenido y han vuelto la
cabeza furtivamente. Después siguen andando.)
la vista los dos?... ¿Por qué?
SEV. Ya vas entrando en razón.
JULIÁN ¡Voy entrando en tu locura!
¡Ah! ¡la calumnia es segura;
va derecha al corazón!
(El y don Severo se dirigen al comedor.)

FIN DEL ACTO PRIMERO